

# AUGE

Agencia Universitaria  
para la Gestión del Conocimiento

---

## Textos Literarios

Humanidades II Fuencarral-El Pardo

---

2016

# Índice

1. ROSALÍA DE CASTRO .....	3
1.1. EN LAS ORILLAS DEL SAR .....	3
1.2. LOS TRISTES .....	4
2. GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER .....	7
2.1. EL MONTE DE LAS ÁNIMAS .....	9
3. MARIANO JOSÉ DE LARRA .....	13
3.1. EL CASTELLANO VIEJO .....	13
3.2. EL DÍA DE DIFUNTOS DE 1836 .....	16
4. JOSÉ DE ESPRONCEDA. 1808-1842 .....	19
4.1. CANCIÓN DEL PIRATA .....	20
4.2. CANTO A TERESA .....	23
4.3. EL DIABLO MUNDO .....	25
4.4. EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA .....	0
5. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA .....	4
5.1. LA CONJURACIÓN DE VENECIA .....	4

## 1. ROSALÍA DE CASTRO



### 1.1. EN LAS ORILLAS DEL SAR

Lore Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,  
ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros.

Lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso,  
de mí murmuran y exclaman:

—Ahí va la loca soñando con la eterna primavera de la vida y de los campos,  
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,  
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.  
—Hay canas en mi cabeza, hay en los prados escarcha,  
mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,  
con la eterna primavera de la vida que se apaga  
y la perenne frescura de los campos y las almas,  
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.  
Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños,  
sin ellos, ¿cómo admiraros ni cómo vivir sin ellos?

## VI

¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!  
Viendo cuán triste brilla nuestra fatal estrella,  
del Sar cabe la orilla,  
al acabarme, siento la sed devoradora  
y jamás apagada que ahoga el sentimiento,  
y el hambre de justicia, que abate y que anonada  
cuando nuestros clamores los arrebatara el viento  
de tempestad airada.

Ya en vano el tibio rayo de la naciente aurora  
tras del Miranda altivo,  
valles y cumbres dora con su resplandor vivo;  
en vano llega mayo de sol y aromas lleno,  
con su frente de niño de rosas coronada,  
y con su luz serena:  
en mi pecho ve juntos el odio y el cariño,  
mezcla de gloria y pena,  
mi sien por la corona del mártir agobiada  
y para siempre frío y agotado mi seno.

## 1.2. LOS TRISTES

### I

De la torpe ignorancia que confunde  
lo mezquino y lo inmenso;  
de la dura injusticia del más alto,  
de la saña mortal de los pequeños,  
no es posible que huyáis cuando os conocen

y os buscan, como busca el zorro hambriento  
a la indefensa tórtola en los campos;  
Y al querer esconderos  
de sus cobardes iras, ya en el monte,  
en la ciudad ó en el retiro estrecho,  
¡Ahí val, exclaman. ¡Ahí va!, y allí os insultan  
y señalan con íntimo contento,  
cual la mano implacable y vengativa  
señala al triste y fugitivo reo.

### III

Vosotros, que lograsteis vuestros sueños,  
¿Qué entendéis de sus ansias malogradas?  
Vosotros, que gozasteis y sufristeis,  
¿Qué comprendéis de sus eternas lágrimas?  
Y vosotros, en fin, cuyos recuerdos  
son como niebla que disipa el alba,  
¡Qué sabéis del que lleva de los suyos  
la eterna pesadumbre sobre el alma!

\*\*\*\*

Tú para mí, yo para ti, bien mío  
— Murmurabais los dos — .  
«Es el amor la esencia de la vida,  
no hay vida sin amor.»

¡Qué tiempo aquel de alegres armonías!..  
¡Qué albos rayos de sol!..  
¡Qué tibias noches de susurros llenas,  
qué horas de bendición!

¡Qué aroma, qué perfumes, qué belleza  
en cuanto Dios crió,  
y cómo entre sonrisas murmurabais:  
«No hay vida sin amor.»

Después, cual lampo fugitivo y leve,  
como soplo veloz,  
pasó el amor..., la ciencia de la vida...  
mas... aun vivís los dos.  
Tú de otro y de otra yo — dijisteis luego.  
¡Oh mundo engañoso!  
Ya no hubo noches de serena calma,  
brilló enturbiado el sol...

¿Y aún, vieja encina, resististe?, ¿aún late,  
mujer, tu corazón?  
No es tiempo ya de delirar; no torna  
lo que por siempre huyó.

No sueñes, ¡ay!, pues que llegó el invierno  
frío y desolador.  
Huella la nieve, valerosa, y cante  
enérgica tu voz.  
¡Amor!, llama inmortal, rey de la tierra,  
ya para siempre ¡adiós!

## 2. GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER



CASA NATAL DEL POETA EN SEVILLA



G. A. BÉCQUER PINTADO POR SU HERMANO VALERIANO

«mi único pensamiento fue hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime, que bastase a contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta (...) La música sonaba al compás de sus voces: aquella música era el rumor distante del trueno que, desvanecida la tempestad, se alejaba murmurando; era el zumbido del aire que gemía en la concavidad del monte (...) Todo esto era la música y algo más que no puede explicarse ni apenas concebirse (...) el músico que la presenciaba, absorto y aterrado, creía estar fuera del mundo real, vivir en esa región fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.»

«El Miserere»

#### RIMA IV

No digáis que, agotado su tesoro,  
de asuntos falta, enmudeció la lira;  
podrá no haber poetas; pero siempre  
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso  
palpiten encendidas,  
mientras el sol las desgarradas nubes  
de fuego y oro vista,  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías,  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance  
las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo  
que al cálculo resista,  
mientras la humanidad siempre avanzando  
no sepa a dó camina,  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,  
sin que los labios rían;  
mientras se lllore, sin que el llanto acuda  
a nublar la pupila;  
mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan,  
mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran,  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira,  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas,  
mientras exista una mujer hermosa,  
¡habrá poesía!



«Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura.

Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hierde el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía. La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo. La segunda carece de medida absoluta, adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas.»

(«Introducción sinfónica», Manuscrito del Libro de los gorriones).

## 2.1. EL MONTE DE LAS ÁNIMAS

Ese monte que hoy llaman de las Ánimas pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron. Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres. Los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos. Cundió la voz del reto, y nada fue a parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras. Antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fue una cacería. Fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres. Los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte, y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse. Desde entonces dicen que cuando llega la noche de Difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos. Y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria lo llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

## “EL BESO”

Renegando entre dientes de la campana y del campanero que la toca, disponíame, una vez apagado aquel insólito y temeroso rumor, a coger nuevamente el hilo del interrumpido sueño, cuando vino a herir mi imaginación y a ofrecerse ante mis ojos una cosa extraordinaria. A la dudosa luz de la luna que entraba en el templo por el estrecho ajimez del muro de la capilla mayor, vi a una mujer arrodillada junto al altar.

Los oficiales se miraron entre sí con expresión entre asombrada e incrédula; el capitán sin atender al efecto que su narración producía, continuó de este modo:

-No podéis figuraros nada semejante, aquella nocturna y fantástica visión que se dibujaba confusamente en la penumbra de la capilla, como esas vírgenes pintadas en los vidrios de colores que habréis visto alguna vez destacarse a lo lejos, blancas y luminosas, sobre el oscuro fondo de las catedrales.

Su rostro ovalado, en donde se veía impreso el sello de una leve y espiritual demacración, sus armoniosas facciones llenas de una suave y melancólica dulzura, su intensa palidez, las purísimas líneas de su contorno esbelto, su ademán reposado y noble, su traje blanco flotante, me traían a la memoria esas mujeres que yo soñaba cuando casi era un niño. ¡Castas y celestes imágenes, quimérico objeto del vago amor de la adolescencia!

Yo me creía juguete de una alucinación, y sin quitarle un punto los ojos, ni aun osaba respirar, temiendo que un soplo desvaneciese el encanto. Ella permanecía inmóvil.

Antojábaseme, al verla tan diáfana y luminosa que no era una criatura terrenal, sino un espíritu que, revistiendo por un instante la forma humana, había descendido en el rayo de la luna, dejando en el aire y en pos de sí la azulada estela que desde el alto ajimez bajaba verticalmente hasta el pie del opuesto muro, rompiendo la oscura sombra de aquel recinto lóbrego y misterioso.

#### RIMA XV

Cendal flotante de leve bruma,  
rizada cinta de blanca espuma,  
rumor sonoro  
de arpa de oro,  
beso del aura, onda de luz:  
eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
voy a tocarte te desvaneces  
¡como la llama, como el sonido,  
como la niebla, como el gemido  
del lago azul!

En mar sin playas onda sonante,  
en el vacío cometa errante,  
largo lamento  
del ronco viento,  
ansia perpetua de algo mejor,  
¡eso soy yo!

Yo, que a tus ojos, en mi agonía,  
los ojos vuelvo de noche y día;  
yo, que incansable corro y demente  
¡tras una sombra, tras la hija ardiente  
de una visión!

#### RIMA XXI

¿Qué es poesía?, dices, mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul,  
¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.

#### RIMA XXIII

Por una mirada, un mundo;  
por una sonrisa, un cielo;  
por un beso... ¡Yo no sé  
qué te diera por un beso!

## RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y otra vez con el ala a sus cristales  
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha a contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
¡esas... no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas  
de tu jardín las tapias a escalar,  
y otra vez a la tarde aún más hermosas  
sus flores se abrirán.

Pero aquellas, cuajadas de rocío  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer como lágrimas del día...  
¡esas... no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes a sonar;  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas  
como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido...; desengáñate,  
¡Así... no te querrán!

### RIMA XIII

Tu pupila es azul y, cuando ríes,  
su claridad süave me recuerda  
el trémulo fulgor de la mañana  
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul y, cuando lloras,  
las transparentes lágrimas en ella  
se me figuran gotas de rocío  
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo  
como un punto de luz radia una idea,  
me parece en el cielo de la tarde  
una perdida estrella.

## 3. MARIANO JOSÉ DE LARRA

### 3.1. EL CASTELLANO VIEJO

(...) No queriendo dar a entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacerme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quien fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echome las manos a los ojos y sujetándome por detrás:

-¿Quién soy? -gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura-. ¿Quién soy?

«Un animal», iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales:

-Braulio eres -le dije.

Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle y pónenos a entrambos en escena.

-¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?

-¿Quién pudiera sino tú...?

-¿Has venido ya de tu Vizcaya?

-No, Braulio, no he venido.

-Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres?, es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?

-Te los deseo muy felices.

-Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de ti que no vayas a dármelos; pero estás convidado.

-¿A qué?

-A comer conmigo.

-No es posible.

-No hay remedio.

-No puedo -insisto ya temblando.

-¿No puedes?

-Gracias.

-¿Gracias? Vete a paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...

¿Quién se resiste a una sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?

-Pues si no es eso -me interrumpe-, te espero a las dos; en casa se come a la española; temprano. Tengo mucha gente: tendremos al famoso X., que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fue preciso ceder: un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

-No faltarás, si no quieres que riñamos.

-No faltaré -dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.

-Pues hasta mañana -y me dio un torniscón por despedida.

Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedeme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas. (...)

Llegaron las dos, y como yo conocía ya a mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir a comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestime sobre todo lo más despacio que me fue posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más que contar para ganar tiempo; era citado a las dos, y entré en la sala a las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina, con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; dejome en blanco los necios cumplimientos que se dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba a mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposición que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

-Supuesto que estamos los que hemos de comer -exclamó don Braulio-, vamos a la mesa, querida mía.

-Espera un momento -le contestó su esposa casi al oído-, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...

-Bien, pero mira que son las cuatro.

-Al instante comeremos.

Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.

-Señores -dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones-, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro!, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.

-¿Qué tengo de manchar? -le respondí, mordiéndome los labios.

-No importa, te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.

-No hay necesidad.

-¡Oh!, sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.

-Pero, Braulio...

-No hay remedio, no te andes con etiquetas.

Y en esto me quita él mismo el frac, velis nolis, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias: ¡al fin el hombre creía hacerme un obsequio!

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banquetea de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos en una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distinción entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento porque lasladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

(...) Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguió un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y a éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar nada.

-Este plato hay que disimularle -decía ésta de unos pichones-; están un poco quemados.

-Pero, mujer...

-Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

-¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! Se puso algo tarde.

-¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?

-¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.

-¡Oh, está excelente! -exclamábamos todos dejándonoslo en el plato-. ¡Excelente!

-Este pescado está pasado.

-Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar. ¡El criado es tan bruto!

-¿De dónde se ha traído este vino?

-En eso no tienes razón, porque es...

-Es malísimo.

(...) A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas a un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. «Este capón no tiene coyunturas», exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fue general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpiísima camisa: levántase rápidamente a este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para

salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa desciende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. «¡Por San Pedro!», exclama dando una voz Braulio difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. «Pero sigamos, señores, no ha sido nada», añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de día de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias!, crece el alboroto y la conversación; roncas ya las voces, piden versos y décimas y no hay más poeta que Fígaro.

-Es preciso.

-Tiene usted que decir algo -claman todos.

-Désele pie forzado; que diga una copla a cada uno.

-Yo le daré el pie: «A don Braulio en este día».

-Señores, ¡por Dios!

-No hay remedio.

-En mi vida he improvisado.

-No se haga usted el chiquito.

-Me marcharé.

-Cerrar la puerta.

-No se sale de aquí sin decir algo.

Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo Pandemonio. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mí alrededor.

-¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! (...)

## 3.2. EL DÍA DE DIFUNTOS DE 1836

(...)

—¡Día de Difuntos! —exclamé.

Y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas, han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo; ellas también van a morir a manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios!, que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!



La melancolía llegó entonces a su término; por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurriome de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión...

—¡Fuera —exclamé—, fuera! —como si estuviera viendo representar a un actor español—: ¡fuera! —como si oyese hablar a un orador en las Cortes. Y arrojeme a la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada a Gómez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé a ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían a la mansión que presumen de los muertos, yo comencé a pasear con toda la devoción y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

—¡Necios! —decía a los transeúntes—. ¿Os movéis para ver muertos? ¿No tenéis espejos por ventura? ¿Ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, a vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais a ver a vuestros padres y a vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta y que ningún jurado se atrevería a encausar y a condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la Naturaleza que allí les puso, y ésa la obedecen.

—¿Qué monumento es éste? —exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio—. ¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados o la tumba de otros esqueletos? «¡Palacio!» Por un lado mira a Madrid, es decir, a las demás tumbas; por otro mira a Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo: «Y ni los v... ni los diablos veo». En el frontispicio decía: «Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en La Granja de un aire colado». En el basamento se veían cetro y corona y demás ornamentos de la dignidad real. «La Legitimidad», figura colosal de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

¿Y este mausoleo a la izquierda? «La armería.» Leamos:

«Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos».

Los Ministerios: «Aquí yace media España; murió de la otra media».

Doña María de Aragón: «Aquí yacen los tres años».

Y podía haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pie decía:

«El cuerpo del santo se trasladó a Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar».

Y otra añadía, más moderna sin duda: «Y resucitó al tercero día».

Más allá: ¡Santo Dios!, «Aquí yace la Inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez». Con todo, anduve buscando alguna nota de resurrección: o todavía no la habían puesto, o no se debía de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes había escrito, sin embargo, con yeso en una esquina, que no parecía sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: «Gobernación». ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? ¡La cárcel! «Aquí reposa la libertad del pensamiento.» ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente:

Aquí el pensamiento reposa,  
en su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores o la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

«La calle de Postas», «la calle de la Montera». Éstos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. «¡Aquí yace la subordinación militar!»

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponía el dedo en la boca; en la otra mano una especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: ésta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. «Aquí yace el crédito español». Semejante a las pirámides de Egipto, me pregunté, ¿es posible que se haya erigido este edificio sólo para enterrar en él una cosa tan pequeña?

La Imprenta Nacional. Al revés que la Puerta del Sol, éste es el sepulcro de la verdad. Única tumba de nuestro país donde a uso de Francia vienen los concurrentes a echar flores.

La Victoria. Ésa yace para nosotros en toda España. Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrado que el más ciego podía leer decía sólo: «¡Este terreno le ha comprado a perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenación de conventos!»

¡Mis carnes se estremecieron! ¡Lo que va de ayer a hoy! ¿Irá otro tanto de hoy a mañana?

Los teatros. «Aquí reposan los ingenios españoles.» Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción.

«El Salón de Cortes». Fue casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto,

vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: éste debió de ser raquítrico, según lo poco que vivió.

«El Estamento de Próceres.» Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un Ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia previsora, inexplicable! Los próceres y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón.

Pero ya anoecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital, toda ella se removía como un moribundo que tantea la ropa; entonces no vi más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía a cubrirle como una ancha tumba.

No había «aquí yace» todavía; el escultor no quería mentir; pero los nombres del difunto saltaban a la vista ya distintamente delineados.

«¡Fuera —exclamé— la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitución! ¡Tres veces! ¡Opinión nacional! ¡Emigración! ¡Vergüenza! ¡Discordia!» Todas estas palabras parecían repetirme a un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del día de Difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrado! «¡Aquí yace la esperanza!»

¡Silencio, silencio!

*El Español*, n.º 368, 2 de noviembre de 1836.

#### 4. JOSÉ DE ESPRONCEDA. 1808-1842



¿Dónde estoy? Tal vez bajé  
la mansión del espanto,  
tal vez yo mismo creé  
tanta visión, sueño tanto,  
que donde estoy ya no sé.  
(El diablo mundo)

## 4.1. CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,  
viento en popa a toda vela,  
no corta el mar, sino vuela,  
un velero bergantín;  
bajel pirata que llaman  
por su bravura el Temido  
en todo el mar conocido  
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,  
en la lona gime el viento  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul;  
y ve el capitán pirata,  
cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado, al otro Europa,  
Y allá a su frente Estambul:

-Navega, velero mío,  
sin temor  
que ni enemigo navío,  
ni tormenta, ni bonanza  
tu rumbo a torcer alcanza,  
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas  
hemos hecho  
a despecho  
del inglés  
y han rendido  
sus pendones  
cien naciones  
a mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad;  
mi ley, la fuerza y el viento;  
mi única patria, la mar.

Allá muevan feroz guerra  
ciegos reyes  
por un palmo más de tierra,  
que yo tengo aquí por mío  
cuanto abarca el mar bravío  
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa  
sea cualquiera,  
ni bandera  
de esplendor,  
que no sienta  
mi derecho  
y dé pecho  
a mi valor

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad;  
mi ley, la fuerza y el viento;  
mi única patria, la mar.

A la voz de ¡barco viene!,  
es de ver  
cómo vira y se previene  
a todo trapo a escapar:  
que yo soy el rey del mar  
y mi furia es de temer.

En las presas  
yo divido  
lo cogido  
por igual:  
sólo quiero  
por riqueza  
la belleza  
sin rival.

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad;  
mi ley, la fuerza y el viento;  
mi única patria, la mar.

¡Sentenciado estoy a muerte!  
Yo me río:  
no me abandone la suerte,  
y al mismo que me condena  
colgaré de alguna antena  
quizá en su propio navío.

Y si caigo,  
¿qué es la vida?  
Por perdida  
ya la di

cuando el yugo  
del esclavo  
como un bravo sacudí.

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad;  
mi ley, la fuerza y el viento;  
mi única patria, la mar.

Son mi música mejor  
aquilones,  
el estrépito y temblor  
de los cables sacudidos  
del negro mar los bramidos  
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno  
al son violento,  
y del viento,  
al rebramar,  
yo me duermo  
sosegado,  
arrullado  
por el mar.

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad;  
mi ley, la fuerza y el viento;  
mi única patria, la mar.

## 4.2. CANTO A TERESA

¿Por qué volvéis a la memoria mía,  
tristes recuerdos del placer perdido,  
a aumentar la ansiedad y la agonía  
de este desierto corazón herido?  
¡Ay! que de aquellas horas de alegría  
le quedó al corazón sólo un gemido,  
y el llanto que al dolor los ojos niegan  
lágrimas son de hiel que el alma anegan.

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas  
de juventud, de amor y de ventura,  
regaladas de músicas sonoras,  
adornadas de luz y de hermosura?  
imágenes de oro bullidoras.  
Sus alas de carmín y nieve pura,  
al sol de mi esperanza desplegando,  
pasaban ¡ay! a mi alrededor cantando. (...)

Yo, desterrado en extranjera playa,  
con los ojos extático seguía  
la nave audaz que en argentada raya  
volaba al puerto de la patria mía.  
Yo, cuando en occidente el soy desmaya,  
solo y perdido en la arboleda umbría,  
oír pensaba el armonioso acento  
de una mujer, al suspirar del viento. (...)

¡Ay!, aquella mujer, tan sólo aquella,  
tanto delirio a realizar alcanza,  
y esa mujer tan cándida y tan bella  
es mentida ilusión de la esperanza:  
es el alma que vívida destella  
su luz al mundo cuando en él se lanza,  
y el mundo con su magia y galanura  
es espejo no más de su hermosura. (...)

¡Oh! ¡Cruel! ¡Muy cruel! ... ¡Ah!, yo, entretanto,  
dentro del pecho mi dolor oculto,  
enjugo de mis párpados el llanto  
y doy al mundo el exigido culto.  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
mi propia pena con mi risa insulto,  
y me divierto en arrancar del pecho  
mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera  
gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
¿Quién a parar alcanza la carrera  
del mundo hermoso que al placer convida?  
Brilla radiante el sol, la primavera  
los campos pinta en la estación florida:  
truéquese en risa mi dolor profundo. . .  
Que haya un cadáver más, ¡qué importa al mundo!



### 4.3. EL DIABLO MUNDO

»¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?

¡Un misterio también...! Corren los años  
su rápida carrera, y escondida

la vejez llega envuelta en sus engaños.

Vano es llorar la juventud perdida,  
vano buscar remedio a nuestros daños.

Un sueño es lo presente de un momento,  
¡muerte es el porvenir, lo que fue, un cuento...!

»Los siglos a los siglos se atropellan,  
los hombres a los hombres se suceden,  
en la vejez sus cálculos se estrellan,  
su pompa y glorias a la muerte ceden.

La luz que sus espíritus destellan  
muere en la niebla que vencer no pueden,  
¡y es la historia del hombre y su locura  
una estrecha y hedionda sepultura!

#### 4.4. EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

Era más de media noche,  
antiguas historias cuentan,  
cuando en sueño y en silencio  
lóbrego envuelta la tierra,  
los vivos muertos parecen,  
los muertos la tumba dejan.  
Era la hora en que acaso  
temerosas voces suenan  
informes, en que se escuchan  
tácitas pisadas huecas,  
y pavorosas fantasmas  
entre las densas tinieblas  
vagan, y aúllan los perros  
amedrentados al verlas:  
En que tal vez la campana  
de alguna arruinada iglesia  
da misteriosos sonidos  
de maldición y anatema,  
que los sábados convoca  
a las brujas a su fiesta.  
El cielo estaba sombrío,  
no vislumbraba una estrella,  
silbaba lúgubre el viento,  
y allá en el aire, cual negras  
fantasmas, se dibujaban  
las torres de las iglesias,  
y del gótico castillo  
las altísimas almenas,  
donde canta o reza acaso  
temeroso el centinela.  
Todo en fin a media noche  
reposaba, y tumba era  
de sus dormidos vivientes  
la antigua ciudad que riega

el Tormes, fecundo río,  
nombrado de los poetas,  
la famosa Salamanca,  
insigne en armas y letras,  
patria de ilustres varones,  
noble archivo de las ciencias.  
Súbito rumor de espadas  
cruje y un jay! se escuchó;  
un ay moribundo, un ay  
que penetra el corazón,  
que hasta los tuétanos hiela  
y da al que lo oyó temblor.  
Un jay! de alguno que al mundo  
pronuncia el último adiós.

El ruido  
cesó,  
un hombre  
pasó  
embozado,  
y el sombrero  
recatado  
a los ojos  
se caló.  
Se desliza  
y atraviesa  
junto al muro  
de una iglesia  
y en la sombra  
se perdió.

Una calle estrecha y alta,  
la calle del Ataúd  
cual si de negro crespón

lóbrego eterno capuz  
la vistiera, siempre oscura  
y de noche sin más luz  
que la lámpara que alumbra  
una imagen de Jesús,  
atraviesa el embozado  
la espada en la mano aún,  
que lanzó vivo reflejo  
al pasar frente a la cruz.

Blanca nube de la aurora,  
teñida de ópalo y grana,  
naciente luz te colora,  
refulgente precursora  
de la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se dispó  
tu pureza virginal,  
tu encanto el aire llevó  
cual la aventura ideal  
que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas  
juguetes del viento son:  
Las ilusiones perdidas  
¡ay! son hojas desprendidas  
del árbol del corazón.

¡El corazón sin amor!  
Triste páramo cubierto  
con la lava del dolor,  
oscuro inmenso desierto  
donde no nace una flor! (...)

Grandiosa, satánica figura,  
alta la frente, Montemar camina,  
espíritu sublime en su locura,  
provocando la cólera divina:  
fábrica frágil de materia impura,  
el alma que la alienta y la ilumina, .  
con Dios le iguala, y con osado vuelo  
se alza a su trono y le provoca a duelo.

Segundo Lucifer que se levanta  
del rayo vengador la frente herida,  
alma rebelde que el temor no espanta, .  
hollada sí, pero jamás vencida:  
el hombre en fin que en su ansiedad quebranta  
su límite a la cárcel de la vida,  
y a Dios llama ante él a darle cuenta,  
y descubrir su inmensidad intenta. .

## 5. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

### 5.1. LA CONJURACIÓN DE VENECIA

#### 5.1.1. ACTO I

Los conjurados se reúnen para organizar la revuelta.

THIÉPOLO (Interrumpiéndole).- ¿Y qué otro recurso nos queda para arrancar a unos detentores infames el depósito que han usurpado?... ¡Vosotros lo sabéis: las quejas se gradúan de delito, las reclamaciones de crimen y el patíbulo ahoga la voz de los que osan invocar las leyes! En ese mismo palacio cuyas puertas se cerraron ante mi padre, alzado por aclamación pública a la suprema dignidad; en ese mismo palacio en que un dux orgulloso, nombrado por sus cómplices, trama noche y día la servidumbre de su patria, no ha faltado ya quien reclame en favor de nuestros derechos; ¿y cuál ha sido la respuesta?... No necesito recordároslo: ¡aún no está enjuta la sangre de las víctimas! ¡Sin proceso ni tela de juicio, sin acusación ni defensa, en la oscuridad de la noche, a la sombra de impenetrables muros, cayeron los leales a manos de los pérfidos; y por colmo de horror y escándalo, se apellidó luego justicia la venganza de los asesinos!

MARCOS QUERINI.- Calma, Boemundo, calma ese aliento generoso, tan necesario en la pelea como arriesgado en el consejo: cuando se trata de asunto de tamaña importancia, más vale seguir la luz de la prudencia que los ímpetus del corazón. Nuestros sentimientos son los mismos, uno nuestro deseo; y aunque ves estas canas sobre mi frente, tan resuelto estoy como el que más a derramar mi sangre, por no dejar a mi patria en tan indigna esclavitud. Mas antes de aventurarlo todo, conviene no olvidar el poder y la astucia de nuestros contrarios, y asegurar el buen éxito de la empresa por cuantos medios estén al alcance de la prudencia humana...

#### 5.1.2. ACTO II

Laura, casada en secreto con Rugiero, ha quedado con él el cementerio, por seguridad.

LAURA.- ¡Qué silencio, Dios mío!... Hasta el ruido de mis pasos me infunde pavor... ¡Mucho tienes que agradecerme, Rugiero, mucho!... ¿Por quién en el mundo haría yo otro tanto?... ¡Yo tan tímida, tan cobarde, que ni siquiera osaba antes bajar sola al jardín, atravieso ahora, a media noche, las galerías y salones, y oso penetrar en este sitio... donde todo anuncia la muerte!

*(Coloca la lámpara sobre el sepulcro en que están ocultos y mira a todas partes con asombro.)*

La vista de estos sepulcros me intimida aún más que otras veces: me parece que hasta las estatuas fijan en mí los ojos, me reprenden y me amenazan... ¡Laura, infeliz Laura!...

*(Óyese hacia el fondo un débil eco que repite: ¡Laura!)*

¡Válgame Dios!... Creí que repetían mi nombre y es, sin duda, el eco de estas bóvedas... La sangre toda se me ha helado en las venas, y el cabello se ha erizado en mi frente... Infeliz Laura, ¿qué será de ti?... Un

presentimiento fatal me estrecha el corazón y ni me deja respirar siquiera... ¡Ven, esposo mío, ven; cerca de ti nada temo en el mundo!...

*(Abre una ventana y asómase.)*

No descubro ningún objeto..., ¡está la noche tan oscura!... Ni una estrella se divisa en el cielo; y sólo se oye el murmullo del viento en este canal solitario... ¡Si no vendrá!... ¡Si le habrá sucedido alguna desgracia!... ¡No, Dios mío, no; hartos infelices es ya! (...)

*(Entra Rugiero por la ventana, descubriendo bajo la capa un vestido lujoso de baile; arrójase en los brazos de Laura).*

RUGIERO.-¡Laura mía!... ¿Por qué lloras?...

LAURA.-No lloro. Rugiero, no lloro...; estas lágrimas que ves son de ternura..., de alegría...; ¡tanta dicha no cabe en mi alma!

RUGIERO.-Serénate, amor mío... ¿Hace mucho que me aguardabas?...

LAURA.-No; pero cada instante me parecía un siglo... ¿Quieres que te confiese también mi flaqueza?... Hasta tenía miedo.

RUGIERO.-¿De veras?

LAURA.-En este panteón tan triste... tan sumamente triste... que me parece de mal agüero sólo el pisar sus losas.

RUGIERO.-Desecha esos vanos temores; ¡a mí me parece a tu lado la mansión de los cielos!

LAURA.-A mí también, Rugiero; pero cuando me veo sola, se apodera de mí una tristeza, una angustia, que ni soy dueña de mí misma... Estos días, no sé por qué, me siento también más abatida... me cuesta tanto mostrarme alegre y ocultar lo que pasa en mi corazón... Habrá apenas dos horas, me acariciaba mi padre con una bondad, con una ternura, que hasta el alma se me partía... Si le hubieras oído todo lo que me decía para alegrarme, sus proyectos, sus esperanzas... No tiene en su vejez más apoyo, más consuelo que yo; ¡y voy a hacerle infeliz en los últimos años de su vida!

RUGIERO.-¿A qué te afliges ahora?... ¿Quieres amargar estos instantes, los únicos que gozamos de dicha?...

LAURA.-No, Rugiero..., ya me ves; estoy más alegre... ¡A tu lado olvido hasta mis propios remordimientos!

RUGIERO.-¡Remordimientos!... ¿Y de qué? ¿Te pesa el amar a tu esposo?...

LAURA.-¡Pesarme!... Yo no vivo sino por ti; yo no pienso sino en ti; ¡yo no pudiera existir ni un solo día si llegara a perderte!... Pero engañar a un padre tan bueno; recibir de sus labios mil elogios, que estoy tan lejos de merecer; haber dispuesto de mi mano sin su voluntad, exponiéndome a su enojo y tal vez a su maldición..., ¡antes morir, Dios mío!

RUGIERO.-¿Ves, Laura, lo que haces?... ¡Estás toda trémula, demudada, tan pálida!... Ven aquí, bien mío... Descansarás unos instantes, reclinada tu cabeza contra mi pecho.

Rugiero le cuenta a Laura los planes de la rebelión si saber que los espías de Pedro Morosini, les están escuchando.

Los soldados detienen a Rugiero.

Laura acude a su padre, Juan Morosini, a pedir ayuda.

Juan Morosini visita a su hermano Pedro, juez supremo del Dux, a solicitar clemencia para Rugiero.

### 5.1.3. ACTO III

JUAN MOROSINI.-Es que nunca me he visto en la aflicción que hoy... *(Enjúgase una lágrima de los ojos)*. ¡No mires, Pedro, no mires mi flaqueza!... Acabo de recibir un golpe mortal y al fin soy hombre... *(Serénase un poco)*. Yo no tengo más que una hija, único fruto de una unión desgraciada... Tú conociste a su madre y sabes el extremo con que yo la amé... En mi hija veía el retrato de mi pobre Constanza; y su inocencia y sus caricias me consolaban de todas mis penas... Yo la he criado a mi lado, a mi vista, sin apartarme de ella un solo día, hasta que el peligro de mi patria me impuso el sacrificio de separarme de ella... ¡Parece que el corazón me daba que aquella ausencia iba a costarme muchas lágrimas!...

PEDRO MOROSINI.-¿De qué sirve afligirte en esos términos?...

JUAN MOROSINI.-Volví, al fin, después de tantos infortunios, sin más anhelo que abrazar a mi hija; la hallé aún más bella que antes, admirada, querida de todos; y cada día fundaba en ella mayores esperanzas... Todas se han desvanecido hoy: ¡Dios lo ha querido así!... Mi hija es ya esposa, Pedro. Ni te pregunto si lo sabías, ni menos intento disculparla... ¡Quiero sólo que lo oigas de mi propia boca, para que veas cuál es mi situación! Laura es ya de Rugiero; el Señor ha bendecido su unión en su santo templo..., ¡y sólo la muerte puede ya separarlos!... Mi hija ama a su esposo con toda su alma; y yo no puedo vivir si me falta ella... ¡No te digo más!<sup>ii</sup>

PEDRO MOROSINI.-¿Pero, qué es lo que quieres de mí?...

JUAN MOROSINI.-Rugiero ha desaparecido desde anoche; y tú sabes de cierto donde está.

PEDRO MOROSINI.-¡Yo!... ¿Soy yo acaso su guarda?

JUAN MOROSINI.-No, Pedro... mas no olvides que eres mi hermano.

*(Pedro Morosini baja los ojos y callan ambos por un momento.)*

### 5.1.4. ACTO IV

*La revuelta fracasa porque los soldados del Dux, disfrazados en el Carnaval, como los conjurados, acaban con los rebeldes.*

*Rugiero es juzgado.*

*(Dejan a Rugiero en el banquillo de los reos, frente por frente del secretario, y se retiran el subalterno y el alcaide.)*

MOROSINI.-¿Tu nombre?

RUGIERO.-Rugiero.

MOROSINI.-¿Tu edad?

RUGIERO.-Veintiséis años.

MOROSINI.-¿Tu patria?

RUGIERO *(Con tono abatido)*.-Ni yo mismo lo sé.



MOROSINI.-¿Pero, dónde has nacido?...

RUGIERO.-Lo ignoro.

MOROSINI.-¿Y cómo puedes ignorarlo?...

*(Rugiero inclina la cabeza y no contesta.)*

¿De dónde eran tus padres?

RUGIERO.-¡Mis padres!...

*(Lleva las dos manos al rostro.)*

MOROSINI.-¿Por qué lloras?... ¿Te viven aún?

RUGIERO.-Yo no los he conocido en mi vida...

MOROSINI.-¿Pero, de qué familia eres?...

*(Calla Rugiero.)*

No tengas rubor en decirlo.

RUGIERO.-Yo no he tenido, desde que nací, más amparo que el de la Providencia.

MOROSINI.-Según eso, te abandonaron tus padres...

RUGIERO.-No fueron tan crueles... ¡Es la única desdicha de que me ha preservado Dios!... Murieron los infelices en un barco, el mismo día en que yo caí cautivo.

MOROSINI.-¿Qué dices?... ¿Has sido tú cautivo?

RUGIERO.-¡Lo fui en mi niñez... para que no tuviera en esta vida ni un solo día feliz!

PRESIDENTE 2°.-¿Y qué nos importan sus desgracias?... Se trata sólo de su delito.

MOROSINI.-Sigue, Rugiero, sigue... ¿Cómo te apresaron? ¿En qué paraje? ¿Dónde te condujeron?<sup>iii</sup>

RUGIERO.-Yo no recuerdo nada... ¡Tenía tan poca edad!... Sólo sé que me hallaba en Alejandría cuando me rescató de limosna un religioso de la Redención.

MOROSINI.-¿Pero no adquiriste noticia alguna acerca de tu familia y de tu patria?...

RUGIERO.-El santo religioso hizo cuanto pudo para averiguar quien yo fuese... pero no supo nada.

MOROSINI.-¿Nada, absolutamente?...

RUGIERO.-Sólo sé que me cautivaron en un buque griego, al tocar ya las costas de Candía...<sup>iv</sup>

MOROSINI.-¡De Candía!...

RUGIERO.-Casi todos los cristianos perecieron en el combate; y a mí me hallaron desangrándome en el mismo seno de mi madre... ¡Por qué no tuve la dicha de morir con ella!

PRESIDENTE 3°.-¿Qué hacéis?...

MOROSINI *(Saliendo de su asiento)*.-¡Dejadme, dejadme!... Rugiero..., ¿es verdad cuanto has dicho?

RUGIERO.-¿Y qué interés tendría en engañaros?...

MOROSINI *(En medio del teatro)*.-Mírame, Rugiero, mírame... ¿No te dice nada tu corazón?

RUGIERO *(Levantándose)*.-Que vais a firmar mi sentencia.

MOROSINI.-¡No, hijo, no..., ten piedad de tu padre!

*(Va a abrazar a Rugiero, quien se aparta sorprendido, y Morosini cae desplomado. El secretario acude a socorrerle; algunos jueces se levantan de sus asientos;*

*Se descubre que Rugiero es hijo de Pedro Morosini, el juez.*

*(Laura, al escuchar ese acento, abre de pronto la puerta del cuarto inmediato y se arroja en brazos de Rugiero; los jueces se levantan sorprendidos; Matilde sale detrás de su ama.)*

LAURA.-¡Ya estás aquí!...

RUGIERO.-¡Laura!...

PRESIDENTE 2° *(Saliendo fuera del estrado)*.-Separadlos al punto.

LAURA.-¡Toma, Rugiero, toma; guárdalo mientras vivas!

*(Le mete en el pecho su retrato.)*

RUGIERO.-¡Dios mío de mi alma!..., ¿Qué os ha hecho este infeliz?...

PRESIDENTE 2°.-¿A qué aguardáis?... ¡Obedeced o temblad!

*(El subalterno y el alcaide se llevan por fuerza a Rugiero; el secretario y Matilde separan a Laura y la alejan a alguna distancia.)*

LAURA.-No, no..., ¿por qué me arrancáis a mi esposo?...

RUGIERO.-A Dios, Laura mía... ¡No olvides a tu Rugiero y pide a Dios por él!

LAURA.-¿Dónde te llevan?... Mira que mi padre nos está esperando...

RUGIERO.-¡Tu padre!... ¡Dile al mío que ya no tiene hijo!...

LAURA *(Desasiéndose de los otros y corriendo tras él)*.-Oye, Rugiero...

RUGIERO *(Con voz desmayada)*.-¡A Dios!...

*(Al entrarle en el cuarto del suplicio, descórrese la cortina; descubre Laura el patíbulo, cae hacia atrás, exánime<sup>v</sup>, y Matilde la recibe en sus brazos.)*

LAURA.-¡Jesús mil veces!